

citado, y D. Francisco Sosa en la misma obra que Vigil. Este señor no copia y ni siquiera cita, poesías eróticas de Sor Juana como prueba de su dicho, lo cual sí practica Sosa transcribiendo algunas de esas poesías escogidas. Ahora bien, examinando la antología de Sosa, con imparcialidad, se verá fácilmente que en ella hay rasgos de afectación, adornos pueriles y juegos gongorinos bastantes para demostrar que la poetisa escribía por divertirse y no por desahogar un afecto. La diferencia que hay, pues, en lo substancial de las poesías profanas y sagradas de Sor Juana y de Navarrete es la misma que existe entre lo artificial y lo natural. Respecto al fondo de las producciones de Alarcón, comparadas con las de la poetisa que nos ocupa, fácilmente se percibe éste: en algunas poesías de Sor Juana ciertamente hay tendencia filosófica, intención moral, pero generalmente lo hay por medio de rasgos sueltos, mientras la filosofía poética de Alarcón es más vasta, más profunda, más sistemática, más trascendental, sin descender nunca á la trivialidad ó lo poco sólido, como suele practicarle Sor Juana.

Por último, Roa Bárcena cree «que la monja de México excede á todos los poetas mexicanos coetáneos y posteriores.» Es cierto, respecto á los primeros; pero no á los segundos, según hemos explicado de Navarrete y pudiera hacerse relativamente á otros más modernos.

Definitivamente Alarcón corresponde á la edad de oro de la literatura española, Navarrete á la restauración, Sor Juana á la decadencia. Ya hemos explicado en el capítulo 1.^o por qué motivo Alarcón pertenece al mismo tiempo á la literatura española y á la mexicana, á la España antigua y á la nueva.

²³ La historia de la literatura española más reciente que conocemos la de Alcántara (Madrid, 1884), donde se da la falsa noticia respecto á Sor Juana que comunicamos en la nota anterior. En otro lugar dice Alcántara que Sor Juana era de México, pero hace una errada calificación de las comedias que escribió.

CAPITULO VI.

Ayudes biográficos y bibliográficos del Padre Diego José Abad y sus escritos.—Análisis de la obra Heroica de Deo Carmina.—Obras políticas sobre Jesucristo, del género narrativo, escritas en México.

Nos proponemos, en el presente capítulo, comenzar nuestros estudios sobre los poetas mexicanos del siglo XVIII, empezando por el Padre Diego José Abad, en nuestro concepto el primer latinista mexicano, pues aunque otros escritores compatriotas suyos manejaron bien el idioma latino, ó fué como meros traductores, ó desempeñando obras de menor dificultad, que la emprendida y llevada á cabo por el Padre Abad con el título *Heroica de Deo Carmina*, la cual, no obstante su mérito, apenas es hoy conocida de uno que otro bibliófilo, acaso por su escasez, ó bien porque el idioma en que está escrita va olvidándose cada día más y más aun por hombres que se precian de ilustrados en otras materias.

El Padre Diego José Abad nació de padres virtuosos y ricos á 1.^o de Julio, año 1727, en una finca rústica cerca del pueblo de Jiquilpan, perteneciente al Estado de Michoacán. Allí aprendió primeras letras y latín con maestros particulares, y después pasó á estudiar filosofía al colegio de San Ildefonso de México, siendo fama que desde entonces sobresalló entre los demás estudiantes por su mayor aplicación y aprovechamiento.

En Julio 24 de 1741 entró Abad á la compañía de Jesús, en el noviciado de Tepozotlán, y continuó dedicado empeñosamente al estudio, de tal manera que mereció ser nombrado catedrático de Retórica, Filosofía y ambos derechos en los colegios de México y Zacatecas, cargo que debe repu-

tarse muy honorífico obtenido entre hombres tan ilustrados como los jesuitas. En su calidad de catedrático, el Padre Abad se dedicó asiduamente á la instrucción de la juventud, siendo el primero que usó en el colegio de San Ildefonso, para la enseñanza del derecho, la obra de Gravina; esforzándose por destruir, en filosofía, las sutilezas escolásticas; y tratando de proscribir, en literatura, el gongorismo que viciaba hacia tiempo la española y otras europeas.

Antes de los cuarenta años de edad se vió atacado nuestro escritor de una enfermedad que los médicos no podían curarlo, circunstancia que un hombre cualquiera hubiera considerado bastante para entregarse al descanso y aun á la ociosidad. Empero, el Padre Abad no sólo continuó, aunque dificultosamente, desempeñando las tareas obligatorias y adelantando en sus estudios favoritos, sino que se dedicó al de la medicina para curarse por sí mismo. Logró, en parte, el intento que se propuso, pues obtuvo algún alivio de sus males durante el resto de su vida, que logró prolongar hasta los cincuenta y dos años.

Con motivo de la expulsión de la Compañía de Jesús, salió Abad de la Nueva España en 1767, siendo entonces rector en el Colegio de Querétaro, y tocándole en suerte, para residir en Europa, la ciudad de Ferrara perteneciente á los Estados Pontificios. Con motivo del destierro del Padre Abad, alguno de sus biógrafos apunta un reproche por ingrátitud contra sus compatriotas, reproche injusto porque no fueron los mexicanos quienes le desterraron sino el gobierno español, y ni hubo tampoco por parte de éste ataque contra persona determinada: se practicó una medida política contra toda la orden de jesuitas, medida que no es propio de este libro detenerse en calificar.

Durante su residencia en Querétaro, había comenzado el Padre Abad á escribir la obra *Heroica de Deo Carmina*, la cual continuó en Ferrara hasta llegar al canto 29 que fué como se imprimió por primera vez en Cádiz (año 1769) con el título de *Musa Americana*, habiendo hecho la publicación el Dr. Gamarra compatriota del autor, sin conocimiento de éste, según se asegura. Dichos cantos, aumentados hasta 33, fueron reimpresos en Venecia el año de 1773, ocultándose Abad bajo el nombre de *Labbeo Seleno-politano*, el cual significa *Abad de la ciudad de la luna*, pues algunos etimoló-

gistas suponen, aunque infundadamente, que México se deriva de la palabra azteca *mezli*, luna. Con el aumento de otros cinco cantos se hizo una tercera edición de la obra mencionada, en Ferrara, 1775. La última edición, notablemente corregida y aumentada hasta 43 cantos, fué en Cesena, 1780, dedicada á la juventud mexicana: de este modo dió á conocer Abad otra apreciable cualidad, entre las muchas que le adornaban, el sentimiento patriótico.

Desgraciadamente el virtuoso jesuita no pudo tener la satisfacción de ver terminada la edición de Cesena, pues poco antes de estar concluida murió en Barcelona á 30 de Septiembre de 1770.

Cuál fué el aprecio que del Padre Abad hicieron sus contemporáneos, se demuestra con los repetidos elogios tributados á sus obras, con los cargos que se le dieron y con los honores que se le dispensaron, debiendo mencionarse entre éstos la admisión del sabio mexicano en diversas academias literarias, una de ellas en la Ruboretana, donde recibió el nombre de *Agiólogo* que significa «el que trata de cosas santas.»

Después de muerto el Padre Abad, recibió las últimas muestras de respeto, acompañando su cadáver al sepulcro multitud de personas amantes de la virtud y de la ciencia, y dedicándosele el siguiente epitafio:

Hic ex orbo novo Labbens jacet, inclita vatum
Gloria, México par decus imperio,
Non hominum curas, vane aut deliria mentis,
Vel cecinit tinctos ille cruores duces
Altius assurgens, graditur super aethera penna
Rimaturque oculis abditiora dei.
Religio, pietas, sacramum et turba sororum
Vati merentes haec posuere suo.

El Padre Sartorio tradujo este epitafio del modo siguiente:

Yace aquí Abad, ilustre americano,
De poetas nobles, gloria esclarecida,
Que dió con su virtuosa y sabia vida
Digno ornamento al pueblo mexicano;
El cantó sí, con numen soberano;
Mas ascenso á su musa distinguida
No dió la guerra atroz, cruel y temida,
No los delirios del amor insano.

Más alto se levanta: sube al cielo;
Pasa los astros, y del Numen santo
Contempla el ser, y cántalo con celo:
La religión y la piedad por tanto
Con las musas sagradas le hacen duelo,
Vertiendo por su muerte amargo llanto.

El catálogo más completo que hemos visto de las obras de Abad es el que trae Beristain en su *Biblioteca*. Hele aquí copiado literalmente.

De Deo, Deoque Homine Heroica, Casenæ, 1780 apud Gregorium Blasinium, 4º

Rasgo épico, ó descripción de la fábrica y grandezas del templo de la compañía de Jesús de Zacatecas. México, 1760. 4º

Disertatio ludicro-seria de exterorum latinitate, adversus J. Baptistam Roberti. Forolini, 1778. 8º

Nodus intricatior Matheseos solutos seu ratió composita expedita, et ad tyronum captum accomodata. Edit Ferrariae. 8º

Livini Meyer anima minusculo corpore inclusa: sive Epitome controversiarum de Auxiliis. Edit Ferrariae. Se hallaba este opúsculo manuscrito en la Biblioteca de la Universidad de México, juntamente con tres tomos en 4º del *Cursus Philosophicus* del Padre Abad.

Compendio de Algebra. M. S.

Tratado del conocimiento de Dios en Italiano. M. S.

Geografía hidráulica ó de los famosos ríos de la tierra. M. S.

Varias églogas de Virgilio en verso castellano (M. S.) que no menciona Menéndez Pelayo, en su noticia de traductores de Virgilio, al frente de la traducción de la Eneida por Caro. (Biblioteca clásica, Madrid, 1879); aunque sí las cita Caro en su *Virgilio en España*.

Los himnos del oficio del B. Felipe de Jesús patrón de México.

* * *

De todas esas obras sólo hemos logrado conocer la primera, afortunadamente la principal, para nuestro objeto, á la que especialmente debe el Padre Abad su renombre literario, siendo de advertir que algunos le han llamado *Musa*

Mexicana ó *Musa Americana*, como el Padre Bringas en la traducción que hizo del libro que nos ocupa (México 1783) sin ser cosa distinta como varias personas suponen erróneamente, entre ellas Ortiz, en su *México como nación independiente*, hablando de Gamarra, quien con el nombre de *Musa Americana*, publicó una traducción de los primeros cantos de *Heroica de Deo Carmina* (Gadilius, 1769). Vamos á ocuparnos en dar una noticia de esta obra, comenzando por manifestar el argumento de la primera parte.

CANTO I

DIOS ES UNO.

Origen y objeto de la poesía.—Proposición.—Invocación.—Dios se manifiesta en la estructura de todo lo creado y por el unánime consentimiento de los hombres.—Burla del politeísmo.—Dios es uno.—Dios es el que es, el ser perfectísimo.—Dios es trino.

II

DIOS ES SANTO.

Los serafines proclaman que Dios es tres veces santo.—Dios es en sí santo de todas maneras.—La ley de Dios es santa.—La casa de Dios es santa.—Dios nos purifica y hace santos.—Dios corona de gloria á los santos.

III

DIOS ES INCOMPREENSIBLE.

Lo más excelso comparado con Dios es nada.—Majestad de Dios.—Los misterios de Dios son impenetrables.—Debemos confiar en la bondad y misericordia de Dios.—Debemos temer á Dios; pero más amarle.

IV

DIOS ES ETERNO.

Inconstancia y vicisitud de las cosas mundanas.—Sólo Dios es inmutable y eterno.—Los hombres y las cosas humanas son perecederas.—Dios en espíritu es inmutable.

V

DIOS ESTÁ PRESENTE.

Es muy triste amar lo que pueda separarse de nosotros.

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
 "AL FIAN" U. DE TEXAS
 1923 MONTERREY, MEXICO

—Es muy grato amar á Dios que no puede ausentarse.— Nada hay que pueda separarnos de Dios, y nunca nos abandona ni en la vida ni en la muerte.

VI

DIOS ES BENÉFICO.

Amar con vehemencia lo humano es un tormento.— Nuestro corazón sólo en Dios descansa.— Sólo Dios nos ama verdaderamente.— Están patentes los beneficios de Dios.— Dios ha dado al hombre poder y señorío sobre todas las cosas creadas.— La tierra está henchida de bienes para nuestro provecho.— Los mayores beneficios con que Dios ha colmado al género humano son la redención por medio de Jesucristo y la institución de la Eucaristía.

VII

DIOS ES BENIGNO.

Dios es benigno, aunque algunos hombres le consideran muy severo.— Dios acoge nuestros ruegos.— Orando Josué detuvo al sol, y orando Elías alejó y atrajo la lluvia á su voluntad.— Motivos por que Dios alguna vez no nos oye.— Con cuánta benignidad oyó Dios la oración de Abraham.— Dios acoge benignamente no sólo á los buenos sino á los malos.

VIII

DIOS ES OMNIPOTENTE.

Creación del abismo, de la luz y de los angeles.— Creación del cielo.— Reunión de las aguas y fertilidad súbita de la tierra.— Creación del sol, de la luna y de las estrellas.— Creación de las aves y de los peces.— Creación del hombre.— La mujer formada de la costilla del hombre.

IX

DIOS ES SABIO.

Dios hizo todo con suma sabiduría.— Imbecilidad y audacia de la filosofía humana, según la cual ya la tierra aparece inmóvil, ya errante, ya redonda, ya oval, etc.— Nada sabemos ni aun de las cosas que nos son más familiares.

X

DIOS ES PROVIDENTE.

Dios es padre de todos, y de todos cuida.— La Providencia divina atiende principalmente al hombre.— Dios todo lo tiene presente, protege á los buenos y castiga á los malos.— Motivos por que alguna vez aflige Dios al bueno y deja prosperar al malo.

XI

DIOS ES CUSTODIO.

Dios encomendó á los ángeles la custodia y dirección del hombre.— Cuán saludable sea para el hombre la custodia de los ángeles.— Buenos oficios de Rafael hacia Tobías.— Buenos oficios de los ángeles en la hora de la muerte.

XII

DIOS ES PACIENTE.

Resena de las faltas con que el hombre provoca la ira divina.— Indignación de Dios.— Infinita paciencia de Dios.— Dios es lento para castigar y diligente para perdonar.

XIII

DIOS ES JUSTO.

Dios es justo, no atiende á las personas sino al mérito.— Dios es lento para castigar, pero temible cuando castiga.— Descripción del infierno.— La pena que los teólogos llaman de daño es la más acerba.— Gloria preparada para los buenos.

XIV

DIOS ES LA SUMA BELLEZA.

Nos burlaríamos de aquel que no amara al hombre sino á su sombra, y sin embargo, esto hacemos frecuentemente, pues olvidamos á Dios y perseguimos vanas sombras.— La mujer ha sido causa de la perdición del género humano.— La hermosura del cuerpo debe graduarse por la del alma.— La hermosura del alma es un algo de la belleza divina.— La belleza de Dios es tal que hace del todo felices á los que la contemplan directamente, y la sola esperanza de contemplarla transporta de gozo.

XV

DIOS ES SEÑOR DEL CIELO.

Rigor del invierno en Europa.—Benignidad del invierno en América.—Sólo Dios es fuente de la abundancia.—Descripción de los fenómenos meteorológicos.

XVI

DIOS ES NUESTRO AMPARO.

Llorando nacemos, llorando morimos: ningún mortal es feliz.—Los males nos agobian por todas partes.—Sólo Dios es nuestro amparo, y sólo él puede librarnos de todo mal y peligro.—Reseña de los males y peligros á que está expuesto el hombre.

XVII

DIOS ES EL SEÑOR DE LOS EJÉRCITOS.

La ciudad que Dios abandona cae en poder de sus enemigos; la ciudad que Dios protege es inexpugnable.—El ejército de los Asirios desbaratado por los Judíos.—El tierno David triunfando del robusto Goliat.—Es muy frecuente que, con la ayuda de Dios, el débil venza al fuerte.—Señalada victoria que obtuvo D. Juan de Austria contra los turcos.

XVIII

DIOS ES EL CENTRO DE LA CIENCIA.

La fuerza puramente física es propia de los irracionales.—Todas las artes y las ciencias provienen de Dios.—Enumeración y objeto de ellas.

XIX

DIOS ES EL CONCEDOR DEL CORAZÓN HUMANO.

Los secretos del corazón humano son impenetrables aun para los ángeles.—Sólo Dios puede penetrar al fondo de nuestro corazón.—Sólo Dios puede dar leyes al corazón del hombre.—El último día del mundo se descubrirán todos nuestros secretos.

XX

DIOS ES EL ÚNICO QUE PUEDE HACER MILAGROS

Dios algunas veces se nos revela con milagros, porque acostumbrados á las maravillas naturales no nos llaman la

atención.—La vara de Moisés.—Las plagas de Egipto.—Faraón y su ejército sumergidos en las aguas.

XXI

DIOS ES EL ÚNICO QUE CONOCE LO FUTURO.

Delirios del arte divinatório.—Sólo Dios conoce lo futuro.—Predicciones de Jacob, José, etc.—Nacimiento, vida y muerte de Jesús anunciadas por los profetas.—Las desgracias y la dispersión de los hebreos anunciadas también por los profetas.

Los escritores que por algún motivo han hecho mención de la obra *Heroica de Deo Carmina* la llaman poema épico, seguramente porque el adjetivo *Heroico*, entre otros significados, tiene el de *épico*, conforme al uso de buenos hablistas. Sin embargo, basta leer el argumento de la primera parte, y tener idea de lo que es poema épico para conocer que no pertenece á tal género de composiciones la que nos ocupa. ¿Cuál es la empresa que relata el Padre Abad con su principio, medio y fin? ¿Cuál es el nudo, dificultades y desenlace de la acción? ¿Dónde están los accesorios y adornos, como la diversidad de personajes, la máquina ó lo maravilloso, los episodios, etc?

El adjetivo *Heroico* tampoco es bastante para considerar el escrito que examinamos como una serie de odas heroicas, porque la oda heroica se emplea en alabanza de los héroes y en cantar hazañas marciales ó acciones ilustres, y nada de esto se verifica en las poesías de que vamos hablando.

Supuesto lo dicho, creemos que el calificativo *Heroica*, usado por Abad, no debe tener más significación que designar la clase de verso que emplea el autor, pues *verso heroico* vale tanto como *exámetro*. «El verso exámetro se llama heroico,» dice, entre otros, Quicherat en su *Prosodia latina* (c. 1, nota).

El género á que más bien pertenecen las poesías de Adad, parte primera, es el de himnos, cantos ó odas sagradas, las cuales, según los preceptistas, «tienen por objeto celebrar las maravillas del Altísimo y los misterios de la religión.» En este punto de vista, ó simplemente como versos exámetros, cuyo argumento es Dios, deben juzgarse dichas composiciones.

Desde luego, lo primero que se observa en ellas es que el autor tomó por guía las Sagradas Escrituras, teniendo especial cuidado de comprobar cada uno de sus pensamientos cardinales, comparándole con el texto respectivo de la Biblia, por medio de notas. He aquí ejemplos del método seguido por el Padre Abad.

Hoc te, si nescis, narrabunt hoc tibi muti.

Et stolidi pisces (a).

(a) Interroga jumenta et docebunt te.... et narrabunt pisces maris (Job. 12 v. 7, 8).

Mille anni nihil illi omnino suntque perinde.

Tanquam hesterni dies, quae jam nunc tota recessit (b).

(b) Mille anni ante oculos tuos tanquam dies hesterni quae praeteriit (Ps. 89 v. 4).

Excelsoque sedens solio, ultra culmina coeli.

Sublimis; ut sciamus huc inniteris orbi.

Terrarum. Suacumque tua hic vestigia cerno (c).

(c) Coelum sedes tua; terra autem scabellum pedum tuorum (Isaías 66. v. 1).

Conocido ya el método del Padre Abad, diremos ahora respecto á su idea, al pensamiento general, Dios, que no puede ser más interesante, más elevado, ni más bello para la inmensa mayoría de los hombres. Exceptuando algunas tribus salvajes y unos cuantos materialistas, todos los demás creen en Dios: los que profesan una religión, que son la mayor parte, creen en Dios; los filósofos espiritualistas, aunque divididos respecto á otras doctrinas, creen en Dios; los positivistas modernos de la escuela inglesa, creen en Dios. Mill, su jefe, dice refutando á Comte. «La filosofía positiva sostiene que en el orden actual del universo, ó más bien de la parte que nos es conocida, la causa directamente determinada de cada fenómeno, no es sobrenatural sino natural. Es compatible con este principio creer que el universo ha sido creado y aun está gobernado por una inteligencia, admitiendo que el gobernante inteligente se rige por leyes fijas que no son contrariadas por otras, ni derogadas caprichosamente.»

Un sabio alemán, que hace pocos años ha estudiado profundamente las diversas cuestiones existentes sobre la divinidad, el autor de la obra «Crítica de la idea de Dios», no sólo cree que esas cuestiones pueden resolverse satisfac-

toriamente, sino que según él, «la solución de este problema encierra todo el porvenir social y político de la humanidad.»

Ahora bien, aun en el punto de vista puramente filosófico no debe censurarse al Padre Abad por haber presentado en sus odas al Dios de los hebreos y no al Dios de la ciencia. En primer lugar, el verdadero filósofo tiene entre sus principios más firmes, el de la tolerancia, y no censura sino que respeta las creencias y las opiniones de los demás siempre que, como las del Padre Abad, sean hijas de la convicción y de la buena fe.

En segundo lugar, uno es el criterio literario y otro el científico: éste se funda únicamente en la razón pura y no admite más que la realidad; el otro concede su parte á la imaginación y al sentimiento admitiendo aun lo ficticio, lo ideal. De otra manera vendrían abajo, de una plumada, las más bellas creaciones del ingenio humano, sería necesario proscribir á Hesiodo porque cantó la teogonía griega, á Homero porque habló de Júpiter, á Horacio porque recomienda el culto de los Dioses, y de este modo relativamente no sólo á otros grandes poetas sino á los más famosos pintores, escultores, arquitectos y músicos. Por último, es indudable, al menos para nosotros, que el Dios de las sagradas escrituras se acomoda más al género de la poesía que el Dios de la ciencia, y la razón es obvia: el Dios de los hebreos es un ser de algún modo perceptible al hombre, dotado de especiales atributos, prestándose en consecuencia, á la descripción objetiva, externa, y á la expresión subjetiva del sentimiento interno, mientras que el Dios de la ciencia es el ser incomprensible, absolutamente impenetrable, en su esencia y naturaleza. Una escuela moderna de filosofía, la Krausista, que se ha puesto frente á frente del positivismo, haciendo esfuerzos por destruirle, tratando de establecer un término medio entre la religión y la ciencia, admite la definición bíblica de Dios «*ego sum qui sum*», y sin embargo véamos cómo se explica por medio de uno de sus representantes, Tiberghien. «El pensamiento de Dios no debe formularse de un modo negativo ó restrictivo. No debe decirse Dios es esto ó aquello, sino Dios es todo. Dios es la unidad absoluta de la esencia, ó el mundo es el conjunto de las cosas; Dios es la razón, el principio del

mundo. Dios *no es una cosa determinada*, y el único nombre que le conviene es el *ser*. Es el que es.» Platón, con más profundidad filosófica que los Krausistas, estaba tan persuadido de la diferencia fundamental entre los atributos divinos y los humanos que no quería decir «Dios es el Ser», sino «Dios está sobre todo Sér.»

La unidad de Dios es el primero de sus atributos que canta el Padre Abad, según hemos visto en el resumen puesto anteriormente, sobre cuyo atributo hay diversidad de opiniones entre los críticos, tratándose de las creencias religiosas de los judíos. Algunos dicen que los antiguos hebreos eran politeístas, fundados en la adoración que se dice tributaban á los númenes llamados Elohim. Otros suponen que en la Biblia existen dos religiones, la agrícola de los Elohim, seguida por la mayor parte del pueblo, y la de Jehová profesada por una minoría más ilustrada y más severa. La tercera opinión, en nuestro concepto la más fundada, es la de que los hebreos, desde la más remota antigüedad, fueron monoteístas, y en comprobación de ese parecer se citan pasajes terminantes del antiguo testamento como el siguiente: «*Dominus Deus, noster dominus unus est.*» (Deutm. c. 6 v. 4.) Por otra parte, David explica que se consideraban los Elohim como seres perfectos: pero de una perfección que el hombre podía alcanzar. En general hablando, es sabido que los orientales suponían poblado el universo de espíritus invisibles, habiendo una clase particular de éstos, protectores de los objetos naturales, plantas, montañas, estrellas, etc.: de aquí la creencia de los Elohim, los Adonim y los Schadim. Semejante creencia, sin dar lugar al politeísmo, es altamente poética, halaga la imaginación haciéndonos vivir en un mundo donde todo está animado, donde todo respira. Es digno de notar que un autor, reuniendo la doble cualidad de hábil orientalista y libre pensador, Ernesto Renán, sostiene que «la raza semítica conoció desde su origen la unidad divina, siendo el monoteísmo precisamente lo que caracteriza esa raza.» (Historia de las lenguas semíticas.)

A propósito del dogma de la unidad divina, el Padre Abad se burla del politeísmo, según lo indicamos en el resumen, tomando el tono irónico usado en diversos pasajes de la Biblia con muy buen efecto, como sucede al referirse la em-

presa temeraria de los que construyeron la torre de Babel pretendiendo llegar al cielo.

Respecto á la incomprendibilidad del Ser Supremo, ya hemos dicho antes que es un principio más bien de la filosofía racional que de la teología hebrea, siendo fácil probarlo.

Hasta ahora ningún filósofo ha pretendido conocer á Dios directamente, mientras que según la Biblia, Jehová se reveló en varias épocas á diversas personas hablando con ellas. Dios mismo enseñó á Adán los nombres de los animales; dió minuciosas instrucciones á Noé sobre el modo de construir el arca; ofreció á Abraham la tierra prometida; entregó en mano propia á Moisés la tabla de la ley. Dios, según el Génesis, hizo el hombre á su imagen y semejanza, notándose efectivamente que Jehová piensa y recuerda, ama y aborrece, como los hombres; tiene como ellos facultades y sentimientos, afectos y pasiones.—Sin embargo de todo esto, no puede negarse que el Dios de los hebreos sea un Dios misterioso, incomprendible, comparado á los Dioses de los pueblos politeístas por ejemplo, las divinidades griegas, según las describe Homero. Estas divinidades eran seres materiales como nosotros, sin más diferencia que su sangre era más pura y su cuerpo incorruptible. Comían una substancia deliciosa que los hacía inmortales llamada *ambrosia*, y su bebida era un licor suavísimo, el *néctar*. Los Dioses eran más altos, robustos y gallardos que los hombres, y las diosas más bellas que nuestras mujeres; pero unos y otros sentían no sólo las pasiones humanas sino hasta el dolor físico, pudiendo recibir heridas que les causaban cruellísimos dolores. No solamente se amaban y casaban entre sí los Dioses y las Diosas, sino que se enamoraban de los mortales, resultando de su unión con éstos los llamados héroes. Júpiter, el mayor de los Dioses, llegó á transformarse en animal irracional para sorprender á algunas mujeres.

Contrariamente al antropomorfismo de los griegos, Moisés enseña que Jehová es *invisible*, que nadie puede verle, ni reproducir su figura. Así, pues, al revelarse Dios á los hombres, se presenta entre los hebreos de la manera menos material posible, apareciéndose en un sueño misterioso á Jacob; oyendo Job su voz desde un torbellino, ó Moi-

sés desde la zarza ardiente. El profeta Isaiás «vió al Señor sentado sobre un solio alto y elevado; los serafines *le cubrían* el rostro con sus alas.» Otras descripciones de Dios que se encuentran en la Biblia son puramente simbólicas, al estilo oriental, v. g., cuando David dice: «Su rostro aparece como la llama. . . . su voz retumba como la tempestad.»

Fijándonos ahora en los sentimientos, en la pasión que domina en las poesías de Abad, podrá servirnos de ejemplo la oda quinta, que tiene por título «Dios siempre está presente.» Allí vemos que el fuego que anima al poeta, que le enciende, es el amor divino, el amor de los amores, según la expresión de un autor cristiano, y Abad sabe expresar ese amor con todos sus transportes, con toda su energía. Y decimos con toda su energía, porque la pasión religiosa es la más enérgica de todas, en virtud de que tiene por objeto, no una frágil belleza, sino la belleza eterna; no un ser limitado, sino el único ser capaz de llenar el corazón y satisfacer todos los deseos. He aquí un trozo de la oda que nos ocupa:

Este mihi tu, ó sol, et coeli sidera testes:
 Numquam ego jam demens, nunquam deüm stultus amabo
 Mortalem, qui me invito á me possit abire.
 O Deus! o ubinam non es tu? numine complens.
 Cuncta tuo. Tu semper ades, tu semper ubique es:
 Excelsoque sedens solio, ultra culmina coeli
 Sublimis; tanquam scamno huic innoteris orbi
 Terrarum. Quacunque tua hic vestigia cerno,
 Omnia cum possis: tamen ipse a me procul esse
 Non potes; atque etiam nolles, et si hoc quoque posses.
 Nam memine cum delios mecum esse solebas
 Ipse vocare tuas. Quanta indulgentia amoris!
 Qui te amat, alma Deus, quando ad te lætæ, gemitivæ
 Audis. Non lacrimas ille, aut suspiria mittit
 Incessum surdis que sint Indubria ventis.
 Tumet pectoribus te nostris inferis, inque
 Nostro cordo sedens, lacrimas in origine prima
 Inspicis, et pendis, numerasque sinque recondis
 Ipse tuo, et recreas, et consolaris amantem.
 Quin gemitus necdum natos, arenaque sensa,
 Que mens concepit necdum sibi conscia, et alto
 Pectore clam nobis obvolvaturque, silentique;
 Tu sentis prior, et prævertis nata benignus.

De los demás atributos divinos cantados por el Padre Abad, tomaremos en consideración los tres más importantes y característicos, según la teología hebrea, á saber, Dios Creador, Dios providente, Dios todopoderoso.

La creencia panteísta de que los seres todos son emanación del ser primero no puede dar una idea tan sublime de Dios como el dogma de la creación. En el primer caso, el universo es una parte de Dios mismo; no hay diferencia substancial entre la obra y el obrero, entre el autor y su manifestación, mientras que, según el otro sistema, el Ser Supremo queda del todo separado, independiente en su existencia necesaria é infinita, constituyendo las criaturas el contraste de lo infinito y percedero.

De este modo, la idea de Dios no es la de un generador material sino la de una actividad puramente espiritual. Dios dijo: «Que la luz sea y la luz fué.» Aquí el criador se manifiesta exteriormente; pero no en sí mismo sino en sus obras, y por el medio más puro, más inmaterial, *la palabra*. Apareciendo la creación como una existencia que nada se debe á sí misma, vienen naturalmente la admiración y el reconocimiento de la criatura hacia aquel que la sacó de la nada, y que todo lo ordenó con admirable sabiduría: el sol que alumbrá y calienta la tierra; las lluvias que la fecundizan; las plantas que producen ópimos frutos; las montañas que se pierden entre las nubes; el mar de insondables abismos. Sensible el Padre Abad á todo lo bello, á todo lo grande de la naturaleza supo hacer de ella descripciones propias y algunas verdaderamente animadas. He aquí un ejemplo:

Terra mihi magna et propria est domus. Hanc tua dextra
 Condidit, et nullis nixam, sultamve columnis
 Suspensam medio libravit in aere firmam.
 Arida erat: jussisti et cogitur humidus aer
 In nubes, ingens coelo, venit agmen aquarum;
 Nec cadit uno ictu, nec vorrice, et impetu cæco:
 Sed quasi per cribrum cunctando, atque ordine longo
 Funditur, et stillat silatim e nubibus imber.
 Dein que nupor aque cecidere, et vicem terre
 Intrarunt ima et caveis latere profundis,
 Bullire incipiunt doctæque repente subire
 Ardua quæque, scaten interdum in vertice montis.
 Inde cadunt fluit sitissima flumina, et orbem

Instar venarum amnes circumeuntque rigantque
Undique luxurians ridet letissima tellus,
Graminæque et frutices viridantesque explicat herbas.
Multimodo vestiti ostro, pompaque superbi
Magnifice incedunt flores, et aromata circum
Suavia, et effundunt pretiosos prodigi odores.
Curvantur pandæ fatique gravantur aristæ,
Messoresque vocant, falcesque, atque horrea poscunt.
Plena mero turgens calcari postulat uva:
Crassaque socordes hortatur oliva trapetes.
Matura ultro alta clinantur ab arbore pomæ.
Quoque exquisitos subigunt, miscentque saporés
Ostentant: vario assentantur odore colore.
Si quid avis furtim rostro livabit; et illa
Admonet equodnam possim jam carpere pomum.
Rursus quidquid avis cantat dulcis, mihi, cñtat:
Nam nisi ego, ad cautus avium sunt omnia surda.
Magna quidem: sed parva tue hæc sunt munera dextre.
Omnipotentis, et in multa majora supersunt.

Presentaremos otro ejemplo de las descripciones hechas por Abad, en la cual nuestro autor, como los poetas hebreos, considera la tierra una verdadera montaña que Jehová hizo surgir de entre las aguas; un lugar de refugio y habitación para multitud de seres animados.

Quotquot aque sub celo estis, dixit Deus, alveo
Cogite vos uno, atque appareat arida tellus
Dixerat, et dicto citius, turgescere sursum,
Arrectique jugum in cælum protendere montes,
Submittique humiles imo, ac subsidere valles
Immenseque godi subitus caveaque, sinusque.
Certant præcipientes illac descendere glanci
Undique collecti spumosa gangite fluctus.
Extollit frontem subitò, undisque eritæ tellus
Eminet, undique adhuc merens tamen, undique inanís.
Et Deus: erumpat tellus, herbasque virentes
Grataque poma suis frondosis pendala ramis
Germinet: ipsa ferant simul et sua femina secum
Et tulit extemplo segetes, et pascua tellus,
Pomiserasque tulit celo capita alta ferentes
Frondes: et secum sua femina queque tulere,
Exfiterat vix e terra, et procerâ repente
Arbos intinuit trunco, ramosque tendit,
Fetaque maturis facta est ex tempore pomis.

Admitido el dogma de la creación es una consecuencia suya el de la Providencia, pues repugna á nuestro entendi-

miento admitir la ejecución de una obra con el objeto de abandonarla al caso y exponerla á la destrucción, mientras, por otra parte, las leyes á que está sujeto el mundo físico y moral prueban suficientemente una previsión sapientísima. Los hebreos, aunque no fuera en el punto de vista rigurosamente científico, lograron percibir esas leyes, comprendieron intuitivamente la armonía sistemática del universo, consideraron á Dios como un padre, y su poesía tomó este carácter distintivo: «la confianza en el Señor.» «El que habita en el socorro del Altísimo morará en la protección del Dios del cielo. Dirá al Señor: amparador mío eres tú, y refugio mío, mi Dios en él esperaré,» son palabras del rey profeta.

Considerada la poesía hebrea como un himno afectuoso y tierno, no sólo inspiró á nuestro modesto padre Abad, sino á poetas de gran nombradía, bastando citar el nombre de Klopstock, uno de los primeros que imitó felizmente á David, dando á conocer el verdadero tono y espíritu de los salmos.

Otro de los sentimientos del pueblo judío hacia Dios, era el del más profundo respeto, como consecuencia del poder infinito de la divinidad: en todas partes creían los hebreos ver la señal de la fuerza divina, y siempre llamaban á Dios *El Todopoderoso*. Especialmente el libro de Job es una prueba de ese sentimiento: «Dios es sabio ¿quién le resistió y tuvo paz? El trasladó los montes, y los mismos que trastornó en su fuerza no lo conocieron. El conmueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen. El manda al sol y no sale, y cierra las estrellas como bajo de sello.»

El Padre Abad, siguiendo la teología hebrea, ensalza la omnipotencia del Ser Supremo hasta el punto de admitir *el milagro*, sobre la cual circunstancia, en una obra como la presente, debe hacerse á un lado toda observación religiosa ó filosófica, y atenderse únicamente al efecto literario. Considerando el mundo con la calma del que conoce sus leyes fijas y prevee el resultado forzoso de ellas, se puede incurrir no sólo en el más frío y prosaico realismo sino hasta en la vulgaridad más trivial, mientras que la creencia en el milagro, manejada con discreción, puede producir lo ideal, lo maravilloso poético. Así lo han practicado con muy